

AUTORES, TEXTOS Y TEMAS  
**PSICOLOGÍA**

30

MOSCOVICI

RAMIRO TAU

Wolfgang Wagner y Nicky Hayes  
Fátima Flores Palacios (Ed.)

**EL DISCURSO  
DE LO COTIDIANO Y  
EL SENTIDO COMÚN**

La teoría de  
las representaciones sociales



~~10~~ P/A8

## PRÓLOGO

El hombre cotidiano de la calle se ha convertido en el héroe involuntario de todas las maquinaciones teóricas incitadas en las ciencias humanas. Inadvertidamente, ha desalojado «al hombre de las masas», al adoptar el rol en el que es liberado de los impulsos demoníacos de sus predecesores (en el sentido de Goethe) y aparece modesto y pacífico. El teatro de Shakespeare, caracterizado por sus pasiones tormentosas, fuerzas oscuras y mitos difíciles, es abandonado en favor del teatro de Beckett con sus pensamientos superficiales, diálogo mínimo y clichés metafísicos. El hombre de la calle, como hombre de masas, juega ese rol (aunque en formas diferentes) que le corresponde al individuo anónimo en la sociedad, en la vida cotidiana anodina, en el pensamiento cotidiano, en el campo intangible de la existencia. Por lo tanto, todo lo que parece familiar, rutinario y lugar común ocupa una posición superior entre aquellos asuntos que demandan un entendimiento meticuloso. El interés ha cambiado de la industria a gran escala a la industria artesanal de los hechos sociales, lo que no representa una tarea fácil precisamente dada su familiaridad e implica que fenómenos anónimos y diversos eludan nuestras perspectivas habituales de investigación. Por esto, el cambio de énfasis hacia todo lo que tiene que ver con la vida y el pensamiento cotidianos, ha representado un cambio en la mayoría de las ciencias humanas: un cambio que sucedió aquí y allá, de manera dudosa e indistinta, en los años sesenta, que ahora se ha convertido en ortodoxia, y que pronto parecerá un obstáculo. Sin embargo, este libro enmarca la vida cotidiana y el sentido común valiéndose de gusto crítico y un esfuerzo constante en pos de claridad y discreción, a la vez

Empero, lo que hace a este libro original es sin duda alguna la elaboración del tema que liga la vida y el pensamiento cotidianos con las representaciones sociales. Desde el comienzo y en múltiples formas, la teoría de las representaciones sociales ha buscado defender los derechos de las personas ordinarias y el conocimiento tradicional ante los embates y engaños a los que han estado subordinados. Comenzaré listando las posiciones temáticas que, según creo, pueden discutirse al respecto.

El primero de estos temas centrales se relaciona con el simple hecho de que la mayoría de nuestras percepciones —lo que vemos y oímos—, nuestras creencias y nuestra información acerca de otras personas y cosas, no son directamente fácticos. Nosotros las adquirimos de otras personas, a través de las conversaciones, los medios masivos de comunicación, y a su vez los transmitimos, por lo que su origen es interpersonal o social.

El segundo tema se relaciona con la calidad de conocimiento obtenido de esta forma. Aun cuando este conocimiento es parcialmente falso, vago o incluso incoherente, ello tampoco constituye el retrato completo, ya que de otro modo no seríamos capaces de hablarnos, entendernos y llevar una vida satisfactoria. Adquirimos conocimiento desde muy temprana edad y de forma muy rápida, asimismo lo aplicamos en la vida cotidiana y en las relaciones con nuestros padres, vecinos y amigos que forman nuestro «mundo en miniatura». Si contemplamos la debilidad de este conocimiento compartido, notaremos la frecuencia con que somos incapaces de describir nuestros sentimientos o asegurarnos de que podemos entender los fenómenos físicos ordinarios y prever las consecuencias de nuestro trato como padres, maestros o consumidores. A pesar de ello, si nos enfocamos en sus ventajas, descubriremos campos amplios en los que el conocimiento tradicional es sorprendentemente acertado. Por ejemplo, los estudios de los psicólogos sociales ingleses han mostrado que el público lego es tan capaz como los psicólogos expertos cuando se trata de describir los rasgos de personalidad de alguien y decidir si es extrovertido o introvertido.

Más aún, este conocimiento parece abarcar «teorías» de notable efectividad y espectro. Cada vez que realizamos una tarea nueva o conocemos personas en una situación desconocida podemos rápida y fácilmente juzgar qué hacer, cómo interpretar la situación y nos adaptamos a ella. Podemos debatir nuestro pro-

pio juicio y considerar los diferentes argumentos con el fin de determinar lo correcto y lo aceptable. Con frecuencia, los filósofos se han sorprendido de esta habilidad humana y Bertrand Russell se preguntaba: ¿cómo es posible que los seres humanos, cuyos contactos con el mundo son breves, personales y limitados, sean capaces de saber tanto? Seguramente parte de la razón es que las personas obtienen su conocimiento de otras personas, amigos, vecinos y maestros más que de la conciencia inmediata, además adquieren dicho conocimiento a una edad temprana a través de su cultura y lengua materna.

El tercer tema central se relaciona con el hecho de que nuestro conocimiento cotidiano consta de una red específica de conceptos, imágenes y creencias compartidas que pertenecen a grupos humanos particulares (es decir, las representaciones sociales que todos nosotros producimos y reproducimos). La psicología y la antropología están interesadas en esta red por diversas razones. La principal es que ocurren en todas las culturas y, de la misma manera que el lenguaje, describen los fenómenos básicos. Las representaciones permiten a las personas de un grupo o sociedad entender su mundo clara y distintamente, para interpretar eventos afortunados o desafortunados, y predecir y juzgar la conducta de los otros. En este proceso, las representaciones son adquiridas pública y colectivamente, algunas veces se estandarizan en mitos, religiones, obras artísticas y los medios masivos de comunicación, entre otros. Todo esto brinda a las representaciones un estatus especial como materia de investigación de la psicología social.

El cuarto tema es un intento de clarificar aquello que distingue la teoría de las representaciones sociales de otras formas de lidiar con el pensamiento y la vida cotidiana. Con frecuencia se las ha considerado como algo innato (un punto de vista representado hoy en día por Chomsky y Fodor), como un repertorio de ilusiones y supersticiones ahistóricas estancadas que no han cambiado en milenios. Esta interpretación ha cambiado a lo largo de 20 años y este libro explica sutilmente por qué ha sucedido. De cualquier forma, nuestra teoría insiste radicalmente en el origen social del entendimiento humano y del pensamiento cotidiano, así como en el hecho de que éstas se desarrollan en gran medida en las conversaciones cotidianas y en las acciones colectivas. Más aún, cambian constantemente. Sus contenidos, esto es, las imágenes y las categorías de lenguaje, cambian en el seno

aficionados. O quizá consideren que desarrollan un campo en nombre de la raza humana. Desafortunadamente para muchos, los logros y la cultura de esa raza la cual encauzan algunos miembros en ciertas direcciones, la mayoría no está equipada en absoluto para contribuir a su progreso. En tal caso, reconocer los derechos de la mayoría con el fin de dirigir los esfuerzos de la minoría que forma esta élite experta, es muy distinto de tratar a la mayoría como si fueran constituyentes de la élite cultural [*Estudios en la forma de las palabras*, p. 378].

Precisamente debido a esto los criterios y modelos se imponen.

La mayoría de estos temas se tratan con gran cuidado a lo largo del libro, en congruencia con la intención de enriquecerlos con contribuciones de la filosofía y la antropología. Esto se logra con una energía intelectual idónea que expone la teoría de una manera estimulante, con numerosos estudios que la sustentan. Debo confesar que leer este libro me ha enseñado mucho, me ha impresionado con un buen número de enfoques originales que no había considerado anteriormente. Los autores se enfrentan muy lúcidamente a aspectos difíciles e ilustran ideas complejas en términos concretos, una hazaña por la que cada lector se sentirá muy agradecido.

El concepto de «representaciones sociales» quizá tenga una larga historia, incluso puede ser una historia exitosa, hasta el punto que debe ser considerado al menos a la par que el concepto de carisma, ideología o *Weltanschauung*. Sin embargo, desde su introducción, se ha enfrentado a una oposición confusa a la cual no ha podido superar. Uno puede atribuirlo al hecho de que al menos hasta hace poco había una carencia de una teoría específica acerca de la organización interna y de los procesos de las representaciones sociales. A pesar de ello, esto no basta para explicar la naturaleza de la oposición. Con frecuencia me he preguntado por qué es tan difícil aceptar el concepto a pesar de lo fructífero que ha resultado en las ciencias humanas desde que Durkheim delineó su primer modelo. Comprensiblemente, ello me causa gran preocupación en tanto que he dedicado una gran parte de mi vida a construir esta teoría y me parece que forma la base coherente de la psicología social. Sin asumir alguna autoridad en este campo, considero que existen dos causas que subyacen a esta oposición:

a) Una causa es que la teoría y el concepto de las representaciones sociales le otorgan racionalidad a las creencias colectivas y al

pensamiento, ya sea de tipo religioso, en mitos o conocimientos tradicionales. Se manejan directamente como sistemas cohesivos de conceptos e imágenes, semejantes a prácticas o rituales, que se vuelven independientes de su origen y existen en su propio derecho.

Sin embargo, estos sistemas no son sólo cohesivos; también son sistemas abstractos en el sentido de que los conceptos tienen el mismo carácter de generalidad e idealización que un concepto filosófico o científico; además sus relaciones se pueden deducir y establecer justo como las de la conservación de la energía o la comparación del tiempo y el espacio. Quizá no estamos tratando con abstracciones que sean fácilmente comparables con las de la física y las matemáticas, aunque sí parecen efectivamente comparables con las que ocurren en la etnología o la geografía. Esto genera un conflicto con la mayoría de las opiniones (ya sean científicas o no) que rechazan otorgar este nivel de racionalidad y abstracción a las creencias y opiniones colectivas. No pueden aceptar que la ciencia popular o los mitos y las clasificaciones sociales se aborden desde el mismo punto de vista que las formas de conocimiento fiables. La razón por la que se considera imposible tratar con ellas desde la misma perspectiva, es que la racionalidad —la posibilidad de hacer una elección estudiada y calculada— se puede atribuir al individuo, y de ninguna forma a la colectividad.

b) Esto da origen a otra fuente de oposición en la que consideramos que no sólo compartimos, sino también producimos nuestras creencias, imágenes y experiencia en común. Esto sería una versión radical de lo que se entiende por representación y de cómo describimos y explicamos eventos en nuestra vida colectiva —una versión que incluso ni aquellos que albergan la mayor simpatía por una perspectiva social estarían preparados para secundar. Es más fácil, y probablemente más comprensible, pensar que son los individuos dentro del ámbito social los que describen y explican fenómenos más que considerarlos como miembros de un grupo que realiza dichas tareas en conjunto. Debo confesar que mi idea personal de la teoría en ocasiones ha sido receptora de esta interpretación radical, en tanto que considero que la dicotomía entre lo social y lo individual es hasta cierto punto anticuada. No obstante, es absurdo insistir en esta imagen de un individuo en un ámbito social, ya que a lo largo de los siglos, generaciones sucesivas han creado un amplio rango de

científica del mundo" a partir de una lógica matemática, con una tradición en la cuantificación y medición de cualquier objeto que se estudiara» (Bribiesca y Merino, 2008, pp. 79-88).

Tal modelo de pensamiento afianzado en los círculos intelectuales que se dispersaron huyendo de guerras y atrocidades distintas de Europa en la primera mitad del siglo XX se diseminó por el mundo, y en Estados Unidos en particular, se arraigaron algunos grandes pensadores sociales que venían de esta tradición y también en otros países de América Latina como Argentina, Chile o México, países que ofrecían un espacio quizás menos privilegiado en cuanto a recursos económicos pero más privilegiado en su contexto natural, representando una buena alternativa para el desarrollo de su pensamiento. A pesar de que estos primeros emigrantes intelectuales en su mayoría habían sido víctimas de la catástrofe de una época de cruel violencia, atribuían mayor importancia a elementos lógicos y cuantificables que al contexto extra-científico y entorno subjetivo, historia, significados y procesos psicológicos se relativizaban y la afectividad se redujo a ciertas expresiones limitadas.

Fue la Escuela de Chicago la pionera en promover una visión sociológica de la psicología, favoreciendo el desarrollo de una psicología social enfocada al estudio de los procesos de interacción y al análisis de la acción social, teniendo como metodología privilegiada las escalas de actitudes. En esta línea destaca el trabajo de T. Znaniecki (1925) al estudiar las actitudes de los migrantes polacos en Estados Unidos, esta investigación es reconocida como uno de los primeros estudios culturales en donde se considero la influencia del grupo y al sujeto se le atribuye un carácter dinámico (Álvaro y Garrido, 2004).

La llamada psicología moderna ya consolidada como gremio se orientó particularmente hacia una explicación centrada en la medición de actitudes individuales y su relación con la conducta, basándose en el pensamiento experimentalista y conductista de G.W. Allport (1954). Farr menciona al respecto, acerca de esta tradición en Estados Unidos, que fue justamente Allport también «un entusiasta defensor de la opinión pública, cuando este tipo de práctica entró en boga en 1930. Esto por que la tecnología de investigación de opinión era completamente consistente con su tipo de individualismo metodológico» (Farr, 1995, p. 43).

Así la psicología que se desarrolla en América Latina a inicios de la década de los cuarenta retoma todos estos principios metodológicos adhiriéndose a una concepción epistemológica que rápidamente se constituye como hegemónica y que en consecuencia también generará diversas respuestas minoritarias que más adelante desarrollaremos.

Las estrategias de investigación en la psicología social, por aquella época, se convirtieron en el garante de cierta estabilidad explicativa, generando modelos comunes a partir de «muestras representativas». Se establecieron criterios de normalidad en función de correlaciones con otras realidades distintas a aquéllas de América Latina, «Esto con el fin de que el instrumento de medición tuviese el mismo significado en todas las naciones. Dicho de otra manera, se trata de un "metro" que representa bien el estándar» (Díaz-Guerrero, 1967, p. 201). En esta cohabitación de la psicología social latinoamericana con la psicología estadounidense, se promovieron las primeras sociedades, asociaciones y colegios, muchos de los cuales existen hasta hoy y se han convertido en espacios en los que se da cuenta regularmente de la producción científica que se genera. Uno de los ejemplos más claros en relación con este punto, es el lugar que ocupa la Asociación Psicológica Americana (APA) en la psicología, particularmente cuando establece los parámetros normativos de la personalidad y en consecuencia del comportamiento humano. Como ejemplo podemos citar las distintas formas de interpretar la diferencia en el ámbito de género: «una visión ideológica puede sustentar la noción de la diferencia entre los sexos bajo supuestos naturalizados» (Flores Palacios, 2001, p. 73). La diferencia puede ser *naturalizada*, a fin de ajustarse a la premisa ideológica que la instituye, permitiendo así en otros contextos interpretarla según convenga como desviación, desequilibrio o estados anómicos que perturban el orden social, lo que criticamos profundamente desde una perspectiva de género feminista.

Esta visión particular determinó el devenir y posicionamiento de la psicología social psicológica, relegando el análisis de la relación individuo-sociedad y de todos aquellos procesos subjetivos inherentes a la condición humana, limitando la elaboración teórica de explicaciones más consecuentes con una postura dinámica y reflexiva de las sociedades.

Por su parte, inicialmente en Cuba, Fernando González Rey (1991; 1997) promueve la propuesta de rescatar y reconsiderar la categoría de subjetividad en el análisis de la sociedad, cuando menciona que «la subjetividad implica de forma simultánea lo interno y lo externo, lo intrapsíquico y lo interactivo, pues en ambos momentos se están produciendo significaciones y sentidos dentro de un mismo espacio subjetivo en el que se integran el sujeto y la subjetividad social en múltiples partes» (González Rey, 2001, p. 22). Sin embargo, por mucho peso conceptual que tenga una categoría como la subjetividad, es por supuesto el marco conceptual en el que se desarrolla el análisis lo que hace la diferencia entre una y otra interpretación de la realidad; en este sentido la propuesta de S. Moscovici es visible a través de las variadas expresiones que este psicólogo social utiliza para remodelar la psicología tradicional.

Una de las propuestas actuales más innovadoras de la psicología social latinoamericana es la que nos ofrece Pablo Fernández en México, quien es «sobre todo un referente teórico, ético, sentimental, casi mítico de la psicología social en Iberoamérica, además de quienes gustan de la buena literatura en ciencias sociales». <sup>1</sup> De su extensa obra haré referencia en particular a la propuesta teórica de *La afectividad colectiva* (Fernández, 2000) en la cual el autor propone un marco conceptual para integrar y devolver a su justa dimensión el estudio de la afectividad en el ámbito de la psicología social.

Básicamente, la propuesta del autor para el estudio de la afectividad colectiva es una invitación a encontrar nuevos modelos, o mejor dicho *formas* de abordar la afectividad que no se sostengan en una aproximación lógica o semántica porque «Mientras que la lógica es el modo de ser de las palabras y del pensamiento, esto es, la manera en que éstas se recrean, se desarrollan, la estética es el modo de ser de las formas y de la afectividad...» (*ibid.*, p. 81); «es en ausencia del lenguaje donde crece y madura la afectividad... si bien es cierto que la afectividad no es racional, no es una sinrazón» (*ibid.*, p. 13).

Al analizar la propuesta de este autor, advertimos influencias clásicas de la psicología que recuerdan a Vigotsky, Peirce o Moscovici entre otros, convirtiendo sus textos en auténticos *links* que

1. Para mayores referencias consultar: <http://dialogosaca.blogspot.com/2008/04/pablo-fernandez-christlieb-y-la.html>

despiertan la necesidad de *curiosear* más detenidamente en sus señalamientos. Su planteamiento recurre a la estética como herramienta metodológica para desentrañar una lógica (o mejor dicho, una estética) de la afectividad, evitando la separación que el positivismo impone «al mantenerse distante del objeto, aunque con eso lo único que logró fue aniquilarlo y utilizarlo como cosa; por eso confunde a los sentimientos con engranajes de Ford modelo T o turbinas de Boeing» (*ibid.*, p. 95).

Es así que «Los sentimientos no tienen explicación ni otras racionalidades, solamente tienen forma y por ello pertenecen a la estética» (*ibid.*, p. 136), «no son una narración, sino una presentación, una imagen, como una pintura» (*ibid.*, p. 135) que surge, irrumpe e imprime los procesos mentales, y aunque carente de significado puesto que no quiere decir nada, está plena de sentido.

Este carácter pictórico de la afectividad nos lleva sin duda a recordar la propuesta moscoviciana de las representaciones sociales entorno al núcleo figurativo que cristaliza sentido y significado en unidades tangibles, naturalizando la representación. Éste es uno de los puntos de la propuesta de la afectividad colectiva más atractivos y una veta teórica a explorar puesto que nos ubica con relación a dónde y cómo indagar en esa dimensión casi desconocida que representa el aspecto afectivo de las representaciones sociales.

Nace de esta lectura la interrogante de cómo acercarnos a esa *forma* determinada por el sentir, pero también nos queda claro que no es mediante un acercamiento semántico o cualquier reduccionismo cognoscitivo que encontraremos la vía de acceso a ese conocimiento sin correr el riesgo de disgregar o destruir nuestro objeto de estudio porque «Lo que separa a quien percibe (perceptor) de lo que percibe (el precepto) es el canal de la percepción que actúa como una especie de puente y, por lo mismo, como una distancia entre perceptor y precepto. Quizás así hayamos aprendido a percibir, de manera distante, porque percibir es la racionalización de un sentimiento, pero no es así como sentimos; más bien sentir es la percepción que unifica precepto y perceptor en una misma instancia: el perceptor entra en el objeto y viceversa» (*ibid.*, p. 28).

Otro aspecto interesante de la crítica de Fernández (2000) al científicismo en la psicología reside en el recuerdo de «algunas

flexivo, como lo subrayó claramente Martín Baró: «Pocas veces la psicología social se ha preguntado acerca del sistema social en cuyo marco y desde cuyos determinismos se produce el comportamiento de personas y grupos, y, con raras excepciones, el enfoque adoptado en esos casos ha sido el del estructuralismo funcional» (Martín Baró, 1989, p. 16).

Esta crítica revelaba así manifiestamente la omisión que se hacía al aplicar el modelo de interpretación de la realidad vigente, y exigía nuevas alternativas que ampliaran los horizontes en el futuro de la psicología. Posibilidades originales se desplegaron con la teoría de la representación social, abriendo espacios a la posibilidad de cuestionar el significado, particularmente el «orden» en la expresión del pensamiento social. Se pasó así de una explicación aislada del cambio en sus diferentes expresiones sociales en que se interpretaba como una diferenciación interna de un sistema, a postulados que argumentaban el proceso dinámico del conflicto, presentando el cambio social como un resultado y profundizando en el significado, tomando coherencia lo que Wagner y Hayes plantean en este texto, cuando aluden a que «Es el significado de las cosas en y para las vidas de las personas lo que lo hace un objeto social».

Por su parte, Banchs hace una comparación interesante entre los postulados de la psicología de la liberación y la psicología sociológica, cuando menciona que «Los planteamientos de Martín Baró y los de Serge Moscovici son muy afines, en cuanto comparten una concepción de la psicología social como disciplina política que debe estudiar el conflicto, oponiéndose a aquella psicología fundada sobre la idea de un orden social que pretende “entender, predecir y controlar” la conducta social» (Banchs, 2001, p. 22).

Las investigaciones en representación social de este lado del continente no han quedado exentas de cierta influencia comunitaria de la psicología latinoamericana descrita anteriormente, lo que ha generado cierta peculiaridad en la investigación, pues se mantiene la importancia de considerar prioritaria la intervención y, en consecuencia, nos hemos abocado al estudio de las necesidades sociales tratando de ubicar líneas de investigación centradas en la realidad del contexto cultural como procesos migratorios, nuevas tecnologías, discriminación y género, medio ambiente, pobreza, educación, salud, y recientemente

te hacia la vinculación con imaginarios (Arruda y De Alba, 2007). Siguiendo lo que Wagner plantea como «cierta lógica práctica de orientación y comunicación que no tiene nada que ver con la lógica de explicación que se adopta generalmente en las afirmaciones científicas».

Por su misma riqueza y diversidad cultural, Latinoamérica es una fuente poderosa que dinamiza la labor permanente de (re)modelar la estrategia metodológica de las representaciones sociales desde la acción. En México, por ejemplo, en investigaciones recientes, hemos utilizado categorías como la de experiencia vivida<sup>2</sup> para deconstruir y reconstruir significados anclados en la historia y en el presente de grupos socialmente vulnerables.<sup>3</sup>

El reconocimiento del sujeto activo, partícipe de la creación y transformación de la realidad, desde el paradigma de las representaciones sociales, fue ganando espacio en la discusión científica a través de la enseñanza y difusión de esta nueva orientación. Los pioneros de esta orientación tuvieron una fuerte influencia en la formación de nuevas generaciones de psicólogos sociales que actualmente están vinculados también a la enseñanza e investigación o comprometidos con programas de acción social en sus respectivos países.

Se puede considerar que hubo algunos acontecimientos históricos de gran impacto para Latinoamérica en la consolidación de esta nueva visión y que podrían resumirse del siguiente modo: el seminario sobre problemas psicosociales en América Latina, organizado por Moscovici (1981-1982) en Francia y en el que participaron algunos latinoamericanos. La primera ponencia en México acerca de las propuestas teóricas de Moscovici en el congreso de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social (ALAPSO) expuesta por Acosta y Uribe (1978). Por su

2. La categoría «experiencia vivida» ha sido tomada de Jodelet y se refiere concretamente «a la manera como las personas sienten, en su fuero interno, una situación y el modo como ellas elaboran, por un trabajo psíquico y cognitivo, las resonancias positivas o negativas de esa situación y de las relaciones y acciones que ellas desarrollan ahí» (Jodelet, 2004, p. 91).

3. Las investigaciones en donde hemos utilizado la categoría «experiencia vivida» han sido particularmente orientadas al trabajo con mujeres seropositivas, en donde la dimensión del tiempo —antes y después— de haber contraído el VIH tiene sentidos diferentes y es desde ahí que trabajamos el sentido afectivo del significado.

realiza en João Pessoa el Encuentro Nacional sobre Representaciones Sociales e Interdisciplinariedad, y en el año 1998, en la ciudad de Natal, se instituye cada dos años la realización de las Jornadas Internacionales de Representaciones Sociales, la más reciente fue en 2007 en la ciudad de Brasilia. «En Brasil, en efecto el campo de representaciones sociales ha significado hasta el presente otro espacio de reflexión y de producciones científicas, un lugar de reencuentro, de intercambios amigables, incluso de complicidades a pesar de la diversidad de sus perspectivas» (Arruda, 2001, p. 432).

En la continuidad de la expansión territorial de esta teoría y los alcances que para entonces había tomado en Latinoamérica, en 1998 se realiza en México la Cuarta Conferencia Internacional de Representaciones Sociales, participaron más de 20 países de todas las latitudes y se presentaron cerca de 200 trabajos libres en las áreas de educación, democracia, trabajo, salud, cultura, violencia, género, derechos humanos, medio ambiente, sida, vejez y sexualidad. La discusión teórica estuvo orientada en esa ocasión al análisis del estado del arte de la teoría en los distintos países participantes y en las aproximaciones metodológicas, memoria y prácticas. El legado que esta conferencia dejó ha sido de mucha importancia para la teoría de representaciones sociales en México, iniciando un período de reconocimiento entre colegas del país al tener la oportunidad de crear vínculos nacionales e internacionales. En el año 2004, nuevamente se lleva a cabo la VII Conferencia Internacional de Representaciones Sociales, en la ciudad de Guadalajara, en México, reuniendo a más de 1.200 participantes latinos y europeos. Durante todo este período la teoría de la Representación Social en América Latina no sólo se ha implantado en el contexto de la psicología social, sino que representa una alternativa epistemológica que continúa desafiando postulados instituidos promoviendo la creatividad en el marco de la rigurosidad científica.

La aceptación de la teoría en particular por las nuevas generaciones es sobresaliente y su presencia oficial en planes y programas de estudio ha adquirido una mayor importancia en los últimos 10 años, en los cuales han surgido líneas de investigación institucionalmente reconocidas como lo testifican las publicaciones en los espacios académicos y el creciente número de cursos extracurriculares y tesis de grado.

En el notable prólogo que Serge Moscovici hace a este libro, expone la importancia de las teorías del pensamiento social cotidiano, como la teoría de las representaciones sociales, lo que invita a realizar una lectura analítica del texto que seguramente trasladará al lector a una serie de interrogantes que emergen del sentido epistémico de esta teoría.

La dinámica y expresión en la comunicación social, el sentido del significado y su naturaleza en la cultura, su posicionamiento ideológico, su estrecha relación con conceptos como actitud y creencia, implican también reflexionar en los límites que pueden existir entre concepto y disciplina, expresando claramente su familiaridad con otras disciplinas, así como la exposición de los múltiples métodos para abordar un fenómeno desde esta orientación, lo que hace de este libro una herramienta conceptual y metodológica obligada para todo aquel que esté interesado en esta perspectiva social.

Finalmente, sólo nos resta mencionar que a Latinoamérica llegó la resonancia del llamamiento de Serge Moscovici de 1972 y quienes lo escuchamos decidimos tomar su propuesta para tratar de comprender nuestras realidades desde un paradigma justo con la humanidad. Lo que no sabíamos era que esta propuesta se convertiría en un desafío permanente frente a la observación y explicación, quizás por la misma complejidad del ser humano y porque, a diferencia de una psicología sustentada en dogmas de veracidad, esta perspectiva alternativa, tal como lo demuestran Wolfgang Wagner y Nicky Hayes, siempre nos encamina a develar nuevas incógnitas a costa de poner en duda lo establecido.

#### Referencias bibliográficas

- ACOSTA, T. (2001): «La présence de Serge Moscovici au Mexique», en *Penser la vie, le social, la nature*, París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- ÁLVARO, J.L. y GARRIDO, A. (2004): *Psicología social: perspectivas psicológicas y sociológicas*, Madrid: McGraw-Hill.
- ARRUDA, A. (2001): «Moscovici et les représentations sociales au Brésil: des idées pour lesquelles se battre», en F. Buschini y N. Kalampalikis (dirs.), *Penser la vie, le social, la nature*, París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.